

**TEXTO COLECTIVO: DEL 17 DE MAYO DE 2010**

***Autores: Karina Rey, Gabriela Vidas, Claudia Bordon, Mabel Redona, Walter Nielsen, Polo Juárez y Ana María Demarchi***

No podía dormir. La noche se le hacía intensa, agobiante y ya no pensaba, había desgastado todos los hilos de pensamiento.

Concluyó que el sueño se había esfumado y no volvería, por lo menos ese día; entonces, se levantó.

Había dejado de fumar hacía varios años y se le ocurría que no podía haber tenido peor ocurrencia -haber renunciado a esa pequeña cuota de goce- pero en fin, ese hecho estaba consumado.

Se sentó en la mesa de la cocina, apoyó los codos, sus manos sostenían su cara.

El dolor en su alma, de tan intenso se le había transformado en cotidiano. Se había sobrepuesto un poco, al menos aún sostenía el trabajo.

Ella lo amaba todavía, tanto que dolía. Se encontraba víctima de una rara modalidad de vampirismo moderno y tenía que buscar una solución excepcional al "abandono ejemplar" -cual Lol V. Stein- en el que él la había dejado.

La idea se le había presentado casi de modo automático, una imposición de pensamiento, un viejo recurso que le había legado su hermana. Y como ya no daba más, en todos los sentidos de la existencia, fue y lo hizo. Escribió el nombre amado y lo freezó.

En ese mismo instante, a cientos de kilómetros, él se estremeció.

Sin saber que los efectos de sus manipulaciones "mágicas" sobre Gustavo eran un hecho -del cual pronto se anoticiaría- quedó presa de la culpa. De Durás a la brujería de barrio aceptada socialmente en esa comarca, había un trecho más que importante. Un abismo.

A situaciones desesperantes, soluciones desesperadas. Eso le había machacado una y mil veces su hermana, justificándose cada vez que Eugenia la veía manipular frascos con brebajes sospechosos, velas, cruces y otros elementos imprescindibles para que el Cosmos volviera a su orden.

De pronto un frío intenso recorrió la espalda de Gustavo, él se sobresaltó... ¿Cómo era posible sentir frío en pleno verano con más de treinta y cinco grados? -me estaré por enfermar, pensó-. El escalofrío aun seguía cuando intentó bajar una caja donde guardaba las aspirinas, sin querer, al sacarlas, cayó al piso una caja de zapatos donde guardaba reliquias, recuerdos... cosas. Empezó a recoger todo maldiciendo por lo bajo su torpeza y de pronto ahí estaba... su letra, su última carta, de ella, de esa persona que le había robado todos sus sueños tantos años atrás.

Se sentó en el piso, acercó el sobretodo que había quedado sobre la silla y se lo echó a la espalda, tomó la carta y no leyó, solamente recorrió la vista por esa letra tan recordada y se dejó llevar por el pasado... aquella niña ya debe ser mujer, pensó, qué será de ella, qué lejano todo...

Recordó a su madre, esa señorona adusta (a la que nunca pudo amar como a Margarita, la criada) que cada vez que veía a la muchacha en cuestión en la casa, o esperándolo en la puerta para salir, le

decía: "esa chica no te conviene, Gustavo, es de otra clase, y no me mires así, algún día te darás cuenta, pero no pierdas el tiempo".

Pasaron los años y entendió a la madre. Mariela no estaba a su altura, no estaba en su círculo de amigos, ni tenía ropa para acompañarlo a los eventos del Jockey. Nada de eso. Además, su hermana, esa conocida bruja moderna del barrio, a la que todos recurrían para que hiciera "trabajos", era una vergüenza. Un día se encontró pasando por su casa y seguir camino porque un auto que le pareció conocido pasaba justo por ahí. Le había dado mucha vergüenza.

El frío, ahora, recrudeció. Se levantó no sin dificultad y se preparó un té.

¿Y si la llamaba?, la gente pobre no se muda tanto, debe tener el mismo número, seguramente... y fue al teléfono.

Marcar le llevó un esfuerzo impensado, como si cada tecla estuviera atascada, pegada de herrumbre.

Marcó el último número y el dolor se apoderó lentamente de su cuerpo, desde adentro hasta que escuchó la voz de Mariela.

Gustavo gritó desgarradamente, doblado por el dolor. Apenas podía sostenerse en pie y mantenía el auricular junto a su oído.

- Hola... -apenas pudo balbucear- podría hablar con Mariela...

Del otro lado de la línea se escuchó un ruido seco. Mariela reconoció la voz de inmediato, o quizás no! quizás sabía que había llegado el momento esperado por tantos años.

- Mariela habló -dijo finalmente. Luego un silencio, seguido de una voz más grave- soy Gustavo, tal vez no te acuerdes de mí

Todo le dio vueltas, ¡no acordarse! ¿cómo no acordarse? reconoció esa voz aún con el paso del tiempo. Su mente se remontó al pasado, a esa última vez que lo había visto, esa noche que hicieron el amor, que perdió su virginidad y que la marcaría por el resto de su vida. ¡Sí! aquella noche mágica fue la última vez que lo vio al día siguiente supo que Gustavo había dejado el pueblo. Pasaron los días y su tristeza infinita se empeñaba en quedarse, parecía que la soledad iba a ser su compañera de por vida, hasta el día en que algo movió dentro de su cuerpo y la llenó de vida nuevamente, diciéndole nunca más estaría sola.

Pablo -como su abuelo materno- mantuvo su "nunca más" hasta los quince años, y se fue de mochilero. Y Eugenia se quedó sin esa prolongación de su cuerpo en la que prodigar su amor desengañado.

- ¿Estás ahí? -insistió Gustavo.

- Si, y claro que te recuerdo; ¿quién, si no, me diría Mariela?

- Claro, tu primer nombre era ¿Silvina?...

"Medio congelado es el doble de pelotudo", pensó Eugenia.

- No, pero no importa. ¿Qué necesitás?

- Mirá, tenés razón en estar enojada. Soy un tipo de mierda, pero...

Eugenia escuchó un estornudo y un golpe seco.

- ¡Gustavo, ¿qué te paso?!

Durante unos segundos escuchó quejidos y carraspeos. Luego, el tono intermitente de la línea cortada.

¡¿Qué mierda hice?! pensó mientras corría hacia la heladera. Apoyó la mano en la puerta del freezer y se detuvo. Volvió hasta el teléfono y marcó el número de Claudia.

- ¿Me podés decir qué carajos hicimos?

- ¿Qué te pasa, de qué estás hablando? -preguntó su hermana entre bostezos.

- Vos me dijiste que lo del freezer era para sacar a Gustavo de mi vida, pero no que me iba a llamar en medio del proceso.

- ¿Te llamó?

- Recién...

- Andá al freezer y fijate si no hay una mancha de sangre entre las cubeteras.

Eugenia saltó de a cinco baldosas hasta la cocina. Abrió la puerta del freezer y vio el papel del embrujo sobre un agujero en la bolsa de los bifos de hígado.

La madre de Gustavo se cansó de tocar el timbre y esperar. Usó su copia de la llave destinada a 'emergencias'. Se desesperó al ver a su hijo desmayado en el piso y llamó inmediatamente al 911. Mientras esperaba, retomó su frialdad habitual, abrió la cartera, guardó el celular, encendió un cigarrillo y comenzó a observar la escena.

Nada anormal, excepto por el teléfono que Gustavo apretaba en la mano. Se lo quitó y oprimió la tecla de rellamada, mientras anotaba en un papelucho el número que aparecía en el visor. Tal vez, tuviera alguna utilidad. Tal vez, ese llamado y el desmayo, no fueran casualidad.

- Llamo de parte de Gustavo Ferro... -y no tuvo que explicar más

- Ay! Gracias a Dios! ¿él está bien? algo pasó mientras hablábamos... -respondió Eugenia sin imaginarse a quién le daba tamaño dato.

- Sí, está bien, ahora salió a las apuradas pidiéndome que la llame para avisarle, justamente, que está bien. Es tan despistado que no me dijo su nombre ¿sería tan amable de decirme con quién tengo el gusto de hablar? soy su secretaria.

- Mi nombre es Eugenia Sosa.

Una furia rancia retornaba a sus entrañas, junto con el odio a ese nombre que nunca terminaba de sepultar. Disimulando, finalizó el diálogo:

- Eugenia, eso es todo entonces, seguramente él volverá a comunicarse con usted apenas pueda. Buen día.

Gustavo fue llevado de inmediato a un quirófano. Su madre tuvo tiempo de ir a un ciber y buscar en las páginas doradas, la dirección que correspondía al número telefónico que había anotado. Corrientes 2141. Ahí vivía su pesadilla, y tal vez, ahí mismo, podría terminar con ella.

Se bajó del taxi unas cuadras antes de llegar a la casa y con paso decidido resolvió hacer caminando el resto del trayecto. Sólo una idea fija entre ceja y ceja. Su hijo, con respirador, luchaba por

su vida en la sala de terapia intensiva. Eso terminó con su falta de resolución. Tocó repetidas veces el timbre y, mientras aguardaba, metió la mano dentro de la cartera cerrándola alrededor de la culata del revólver. Intrigada por la demora, iba llamar de nuevo cuando la puerta se abrió y un jovencito con los ojos, la boca y el pelo de Gustavo, ladeando la cabeza igual que lo suele hacer su hijo, le preguntó atentamente qué deseaba.

Con la velocidad de las alimañas, Lucrecia Garmendia de Ferro revisó todos los nudos de la telaraña que tejó para evitar que ese muchacho existiera. El almácigo de rumores, primorosamente cultivado en la peluquería del pueblo, sobre el oscuro pasado de esa negrita ligera. La prostituta lujosa que contrató para alejar a su hijo de esa puta barata. El pai umbanda al que acudió para contrarrestar los sortilegios de la hermana bruja. Y el contacto decisivo: un viejo amigo de la alcurnia rural que le ofreció su galería de arte en Recoleta para que Gustavo expusiera sus pinturas. Prefería a su hijo pelilargo y bohemio que ver mezclada su sangre con una cabecita negra.

Una noche se descuidó, festejando con licor de anís la partida de Gustavo. Bastó una noche en que se permitió dormir, aliviada por su estirpe a salvo, para que su hijo le clavara ese puñal en el pecho. Porque no le cabían dudas: ese chico en la puerta de Corrientes 2141 era su nieto bastardo.

- Señora, ¿se siente bien?

- Eh, sí, traigo un recado para Eugenia Sosa -carraspeó Lucrecia mientras recomponía su máscara de cera.

En los márgenes de sus pupilas el muchacho alcanzó a registrar la gárgola previa a ese rostro de viejita buena.

- Bueno, espere un minuto, me fijo si está...

Pero no alcanzó a cerrar la puerta; de un zarpazo, la gárgola entró al edificio.

El joven caminó junto a ella, no se atrevía a adelantarse, no quería darle la espalda. Ahora la gárgola era una bruja, sin disimulos ni artilugios. Ya frente a la puerta abierta de la cocina comedor, se detuvo y la enfrentó como para cortarle el paso.

- Déjala, Pablo, que entre. -dijo su madre sin levantarse. Estaba sentada junto a la mesa donde varios suéter y camperas recién terminados, formaban una pila. Miró a Lucrecia sin ofrecerle asiento ni dirigirle la palabra pero con una dureza tan fría como el alma de la vieja. Después de lo que pareció un siglo, se dignó a encararla -En vez de pensar en terminar conmigo, deberías correr junto a tu hijo. Si sobrevive, necesitará que lo cuiden toda la vida ¿y quién lo hará? si te encargaste de alejarlo de todo y de todos.

La mujer mayor parecía congelada, desfigurado el rostro de odio y miedo, y percibiendo en las tijeras que Eugenia tenía en la mano, una automática que apuntaba directo a su corazón dió la vuelta y salió rauda de esa casa y de la vida de sus habitantes.

- Pablo, ¿me vas a comprar cigarrillos? -enunció tranquila. Su dolor, ese sufrimiento, se había esfumado. Él la miró sin sorpresa, una vez por año, ella le hacía ese mismo pedido. Acumulaba paquetes sin abrir: "Lo hago por cábala", solía justificarse. Su hijo vivía de a períodos con ella, era un buen muchacho que había podido romper el maleficio universal del "nunca más me voy a quedar sola" (como reza la canción), y que había sostenido a su madre como lo hacen tantas otras cada vez que un hijo

aparece en sus vidas. Se estaba transformando en un artista plástico, de esos con talento, sin la bohemia impuesta del padre, sin la ricachonería rural. Exponía en las casas de la cultura de los barrios, de la mayoría de las provincias del país, pintaba muy bien aunque ella le veía un don especial para las esculturas.

Al lado del teléfono, el contestador marcaba diez mensajes con insistentes pedidos para la entrega de sus confecciones. El tallercito que había instalado en la piecita libre del departamentito que le había dejado el viejo después de morirse, por un momento se le antojó luminoso. Pensó en la propuesta de su hermana -al fin podía pensar!-: “Hagamos algo juntas”, le había dicho ella por enésima vez al ver que las grietas del tiempo vacío se iban instalando en su rostro. Claudia Sosa insistía, sabía que para su hermana no había hechizo posible, salvo el que le había instalado Gustavo, y le decía: “Hay un localcito acá nomás, con lo que saco de mis ‘trabajos’ y un poco de ahorros que tengo podemos comprar algunas máquinas más grandes y contratar un par de ayudantes, trabajo nos sobra, no sé por qué te empeñas en desgrabar los mensajes y nunca responderlos”.

Volvió a mirar la pila de camperas, de suéters, el libro de Durás -su hijo se los daba y era de lo poco que ella podía leer cuando tenía la mente más limpia- el paquete de cigarrillos.

Abrió el paquete y saboreó uno, por un segundo tuvo de nuevo dieciséis años y sintió ese gusto a tabaco nuevo, el mareo, el hormigueo en el cuerpo. Concluyó que el universo estaba en orden de nuevo, y las renuncias, los dolores y los olvidos, ubicados nuevamente en su lugar. Con la facturación de unos meses, Claudia podrá comprarse otro freezer -dijo resuelta-, uno de tres cajones o uno de los que se abren desde arriba, como los que tiene el chino de enfrente. No lo pensó más, se tomó un vaso de leche tibia, y se fue a dormir.